

LA EUCARISTÍA,
CAUCE CONTINUO DE FORMACIÓN DEL CRISTIANO
Mons. Francisco Cases Andreu. Obispo de la Diócesis de Canarias

Introducción: Curso de Formación ¿De qué hablamos cuando hablamos de un cristiano formado?

I.- ¿QUÉ ES FORMACIÓN?

II.- ¿CÓMO Y DÓNDE FORMA LA IGLESIA A LOS CRISTIANOS?

III.- LA EUCARISTÍA EN EL PROCESO FORMATIVO DE LA IGLESIA.

III.I.- LA EUCARISTÍA ES EL VÉRTICE DE LA INICIACIÓN CRISTIANA.

III.II.- LA EUCARISTÍA EN LA FORMACIÓN PERMANENTE DEL CRISTIANO.

El cristiano/la Iglesia se entiende a sí mismo celebrando la Eucaristía.

El cristiano/la Iglesia se construye celebrando la Eucaristía.

1.- LA LITURGIA DE LA PALABRA.

El cristiano/la Iglesia se entiende a sí mismo y se siente construido por gracia desde la Liturgia de la Palabra:

- **como oyente de la Palabra.**
- **como configurado por esa Palabra.**
- **y como enviado por esa Palabra.**

2.- LA LITURGIA DEL SACRAMENTO.

2.1.- LA PLEGARIA EUCARÍSTICA

El cristiano/la Iglesia se define y se construye:

- **como agraciado.**
- **como memoria eficaz de la presencia de la entrega y de la entrega de la presencia de Cristo.**
- **como fruto y obra del Espíritu.**
- **como comunión universal que trasciende los límites espacio temporales de nuestra estrechez local.**

1.- Acción de Gracias (Prefacio)

2.- Memoria agradecida (Anámnesis)

3.- Invocación al Espíritu (Epiclesis)

4.- Comunión.

2.2.- LA COMUNIÓN EUCARÍSTICA

1.- La Iglesia reza el Padre Nuestro.

2.- La Iglesia acoge la Paz de Cristo y se marca con el signo de su Paz.

3.- La Iglesia parte el Pan, repartido y compartido, y se une a su Señor convirtiéndose en su Cuerpo.

3.- EL ENVÍO A LA MISIÓN.

¿TODO HA TERMINADO O TODO EMPIEZA AHORA DE NUEVO?

LA EUCARISTÍA, CAUCE CONTINUO DE FORMACIÓN DEL CRISTIANO

DELEGACIÓN DIOCESANA DE LAICOS. DIÓCESIS DE ORIHUELA-ALICANTE
27 DE FEBRERO DE 2010

Mis queridos amigos:

Estamos en una jornada que quiere contribuir a la formación de laicos, “avanzar –así reza el tríptico anunciador- en la formación permanente de los laicos”. El tema que se nos ofrece para la formación es la Eucaristía, y se articula en una secuencia de momentos que considero muy acertada, y que no es fácil conseguir si el tema fuera otro. Acabamos de celebrar la Eucaristía, que es el tema de nuestro Curso, ahora escuchamos y dialogamos sobre el tema de una forma más académica, a continuación escuchamos los testimonios de una Mesa de experiencia, esta tarde lo repasamos en una Mesa redonda, y finalizamos con una Oración ante la Eucaristía, el Santísimo Sacramento.

Esta secuencia de momentos está interpelándonos sobre el contenido de esta mi exposición, que he calificado como tratamiento del tema de una forma más académica. No me gustaría que lo que pretendo hacer sea visto como una clase de Teología sobre la Eucaristía, sino más bien una reflexión, que se acerca en muchos momentos a una Catequesis, y que quiere poner de manifiesto que, no sólo necesitamos formarnos sobre lo que la Eucaristía es en la vida del cristiano y en la vida de la Iglesia, sino que la misma Eucaristía, celebrada y adorada, es un cauce continuo de formación del cristiano, un ámbito en el que el cristiano se forma permanentemente.

Así planteada mi exposición es lógico que ante todo hagamos una reflexión sobre **qué entendemos por formación**. ¿De qué estamos hablando cuando hablamos de un cristiano formado? ¿De pedagogía o de doctrina teológica, de didáctica o de Evangelio? ¿Un cristiano formado es un cristiano que ha seguido muchos Cursos o muchos Cursillos, ha participado en muchas convivencias, ha asistido a muchas conferencias sobre los más diversos temas relacionados con la fe cristiana, ha superado muchos exámenes y, por ello, es poseedor de algunos o de muchos títulos llamemos académicos? No se me ocurrirá desanimar a ninguno de vosotros a que realicéis todo cuanto acabo de enumerar, pero, hablar de ‘formación’ en cristiano supone e implica, además, o ante todo, lo que en el lenguaje más ordinario llamaríamos: un cristiano ‘hecho’, ‘terminado’, ‘maduro’.

Estas expresiones más ordinarias me recuerdan la famosa frase de Tertuliano, que tiene una tremenda actualidad: “*Fiunt, non nascuntur christiani*” (Apologeticum, n. 18), “*Los cristianos no nacen, se hacen*”. Y hablo de tremenda actualidad porque es ahora cuando nos damos cuenta de que necesitamos ‘hacer’ cristianos. Estábamos quizás acostumbrados a ver >nacer= cristianos como la cosa más natural del mundo, y a no vernos invitados a >hacer= un cristiano más que en contadísimas ocasiones. Una rara avis, un adulto no bautizado, llamaba a la puerta de nuestra Iglesia y decía humildemente que si podía entrar, que qué tenía que hacer. Lo habitual era mejorar la forma de los >nacidos= cristianos, que eran la inmensa mayoría.

En general, y lamentablemente, hemos seguido y seguimos con las mismas dinámicas que usábamos para con los cristianos que nacían, como si así hubieran nacido, y hemos ido comprobando que no terminaban >hechos=, o que terminaban >hechos= bastante menos y bastantes menos de los que llenaban nuestras aulas de catequesis, nuestros bancos de Primera Comunión, y nuestras bien pensadas y realizadas convivencias y >caminitas= de Confirmación. Y, perplejos, no terminamos de encontrar la varita que transforme tanta religiosidad ambiental y tanta demanda de práctica religiosa en auténtica y madura vida cristiana. Quizás el primer paso sea el cuestionarnos sobre nuestros procesos formativos. Los procesos formativos que seguimos en la Iglesia, en un porcentaje demasiado importante:

- no identifican, no configuran, no conforman suficientemente, no vinculan en adhesión a Jesucristo;
- no vinculan a la Iglesia suficientemente, no identifican suficientemente con la Iglesia en su Fe y en su Doctrina; no integran en la comunidad eclesial: parroquia, asociación, movimiento
- no hacen cristianos con identidad, presentes y comprometidos en el mundo, sino personas que huyen de manifestarse como cristianos y huyen de su tarea de renovar y transformar la sociedad.

Con esta esquemática aproximación estoy indicando en dónde debemos buscar el origen de la renovación, en **el concepto y la realidad misma de formación**. Propongo un acceso interesante, que nos acerca a la mente de la Iglesia en este punto. En los tres Sínodos de Obispos que han ido repasando los estados y formas de vida en la Iglesia, Laicado, Sacerdocio, Vida Consagrada, se ha dedicado una parte importante al tema de la formación, y de una manera coincidente en los tres. Prescindo de amplias exposiciones, y me limito a los resultados finales, con algunas citas de las tres Exhortaciones Apostólicas con las que el Santo Padre Juan Pablo II entregó a la Iglesia el trabajo de esos Sínodos.

I.- ¿QUÉ ES FORMACIÓN?

En 1988 Juan Pablo II publica la Exhortación *Christifideles Laici*. Supone los trabajos del Sínodo celebrado en 1987. Tiene un capítulo, el V, dedicado directamente a la Formación. La define como “*un continuo proceso personal de maduración en la fe y de configuración con Cristo*”.¹

En 1992 Juan Pablo II publica la Exhortación *Pastores Dabo Vobis*. Supone los trabajos del Sínodo celebrado en 1990. Toda ella trata del tema de la Formación, que figura en el título mismo: *sobre la formación de los sacerdotes en la situación actual*. En el párrafo que sigue (se podrían multiplicar las citas) queda reflejado claramente el concepto de formación con el que trabaja: *vivir en el Seminario, escuela del Evangelio,- dice Pastores Dabo Vobis- es vivir en el seguimiento de Cristo como los apóstoles,... es dejarse configurar con Cristo buen Pastor*²... *Se trata de una formación destinada no sólo a asegurar una competencia pastoral científica y una preparación práctica, sino también, y sobre todo, a garantizar el crecimiento de un modo de estar en comunión con los mismos sentimientos y actitudes de Cristo, buen Pastor: «Tener entre vosotros los mismos sentimientos que Cristo» (Flp 2, 5)*³.

¹ *Christifideles Laici*, 57

² *Pastores Dabo Vobis* 42

³ *Pastores Dabo Vobis* 57

En 1996 Juan Pablo II publica la Exhortación *Vita Consecrata*. Supone los trabajos del Sínodo celebrado en 1994. La coincidencia con las ideas anteriores se pone de manifiesto al tratar de la formación: *Desde el momento que el fin de la vida consagrada consiste en la **conformación con el Señor Jesús** y con su total oblación, a esto se debe orientar ante todo la formación. Se trata de **un itinerario de progresiva asimilación de los sentimientos de Cristo hacia el Padre.***⁴

Creo que no es necesario abundar más sobre la realidad de un concepto de formación que se puede describir como *Configuración, conformación, asimilación e identificación con Cristo*. En los documentos eclesiales que, de una forma u otra tratan de la formación, se utiliza esta familia de palabras, que realmente tocan el centro de la idea misma de formación. La idea subyacente es la perspectiva bíblica del hombre imagen de Dios. El hombre ha sido creado a imagen y semejanza de Dios. Esta imagen se ha perdido o deteriorado por el pecado. Y la labor formativa es en realidad la tarea de devolver al hombre su verdadero ser, según la verdadera imagen de Dios que es el Hombre Nuevo, Cristo. Y ello se pone de manifiesto en todas las dimensiones de la personalidad humana: criterios, obras, opciones, sentimientos...

Unos textos del Nuevo Testamento nos muestran claramente cuanto estoy diciendo:

*Sufro de nuevo dolores de parto –dice Pablo-, hasta que **Cristo se forme en vosotros** (Gal 4, 19)*

*Todos nosotros, que con el rostro descubierto reflejamos como en un espejo la gloria del Señor, **nos vamos transformando en esa misma imagen cada vez más gloriosos** (2 Cor 3, 18)*

*Nosotros tenemos la **mente de Cristo** (1 Cor 2, 16)*

*Tened entre vosotros los **sentimientos propios de una vida en Cristo Jesús** (Fil 2,5)*

*El que crea en mí, **hará también las obras que yo hago** (Juan 14, 12)*

Cuando en el concepto de formación domina el aspecto noético, de adquisición de conocimientos, se entiende que la formación tenga un tiempo básico, un ciclo institucional, y otro u otros posteriores de ampliación para la docencia, de puesta al día, licenciatura, doctorado, etc. En el concepto de formación como configuración con Cristo desaparecen los límites entre lo que solemos llamar formación inicial y formación permanente. Si nos preguntamos en este esquema: ¿quiénes necesitan o necesitamos formación?, resulta evidente que la asignatura es para cursarla todos. No depende de edad, o de servicio o ministerio en alguna tarea eclesial. No vale decir: ‘ya sé todo lo que tengo que saber’, o ‘bastante tiempo he estado aprendiendo de otros’, o ‘a mis años’. Hablando con rigor la Formación –en cualquier ámbito, no sólo en el ámbito de la formación cristiana- no es ni inicial ni permanente. La Formación es sólo permanente, una necesidad de crecimiento personal, humano y creyente, que no se acaba nunca. Si *todos nosotros, que con el rostro descubierto reflejamos como en un espejo la gloria del Señor, **nos vamos transformando en esa misma imagen cada vez más gloriosos** (2 Cor 3, 18)*, ¿quién podrá decir: ‘he alcanzado la meta’? Los dones recibidos se convierten siempre en nuestras manos en tarea de nuevo crecimiento. La vida es siempre crecimiento hacia una madurez que sólo en el encuentro definitivo con

⁴ *Vita Consecrata* 65

Dios, y por su gracia, llegamos a alcanzar. Se puede experimentar con el paso del tiempo y las dificultades el deterioro de nuestra tienda terrena; nuestro hombre exterior se va deshaciendo, pero lo que hay en nuestro interior se renueva de día en día (cf. 2 Cor 4, 16 - 5, 1).

II.- ¿CÓMO Y DÓNDE FORMA LA IGLESIA A LOS CRISTIANOS?

Con este concepto y realidad de formación somos más capaces de comprender la variedad de ámbitos de formación en la Iglesia, su complementariedad, y su permanente necesidad. A primera vista la Iglesia 'hace' cristianos y los forma en el ámbito de la Catequesis, que entendemos con excesiva rapidez como catequesis infantil. En realidad hay muchos y muy variados ámbitos de formación en la Iglesia. La Iglesia es Maestra, hace y forma cristianos, pero su ministerio de Maestra lo realiza de muy distintos modos y en muy diversas ocasiones. Limitándonos a una enumeración, que no pretende ser excluyente, encontramos estos ámbitos: sesiones de catequesis; clases de Religión, charlas o conferencias en parroquias, obispado, colegios...; escritos: del Santo Padre, de la Santa Sede, de los Obispos, de la Conferencia Episcopal; escritos de teología, de pastoral o de espiritualidad; lectura y oración personal; contacto personal: padres, catequistas, sacerdotes, miembros del mismo movimiento o parroquia, etc.; reuniones, convivencias; testimonios o ejemplos de los demás; Celebraciones: Eucaristía / Sacramentos / Liturgia de las Horas

III.- LA EUCARISTÍA EN EL PROCESO FORMATIVO DE LA IGLESIA.

En la enumeración que acabo de realizar he dejado para el último lugar la Celebración litúrgica. En realidad, y por muchas razones que no es momento ahora de exponer, pero que se entenderán con cuanto pasaré a decir, la Eucaristía ocupa el primer lugar como ámbito de formación del cristiano. En la Eucaristía es Dios mismo quien configura a los fieles con Cristo en criterios, en sentimientos, en actitudes, en comportamientos...

III/I.- LA EUCARISTÍA ES EL VÉRTICE DE LA INICIACIÓN CRISTIANA.

Los Sacramentos de la Iglesia son esos momentos fundamentales de la vida de la persona creyente, en la que se vive, a través de una realidad visible, palpable, audible, la cercanía y la permanencia de Cristo, de su acción, su gracia, y su vida. Podemos repasar brevemente los momentos fundamentales del llegar a ser hombre con sus correspondientes momentos sacramentales, en el proceso que llamamos Iniciación cristiana.

No hay un momento más importante que el de nacer, el de llegar a la vida, el de poseer la vida. Es el fundamento de todos los demás momentos, porque sin él ningún otro momento puede darse. Se llega a la vida, y se llega como hijo de unos padres, como miembro de una familia. El **BAUTISMO**, el primero de los Sacramentos y el fundamento de todos es el momento en el que un adulto o un niño recibe la vida de los hijos de Dios que Cristo, el Hijo de Dios, ha ganado para él y para todos. Tiene como Padre, Señor y Creador de todo, a Dios mismo, y se incorpora a una familia de hermanos; se llama Iglesia. También ella, la Iglesia, es una realidad visible, palpable y

audible, en la que se nos hace cercana la unión con Dios y la unidad del género humano; es en realidad como el Sacramento fuente, manantial de todos los Sacramentos.

El niño al nacer abre los pulmones y el aire empieza a llegarle hasta la última célula de su organismo; y ese aire, seguirá animándolo continuamente hasta el ‘último respiro’. Así es el Espíritu en el Bautismo; es el aliento de Dios, Dios mismo alentando la vida del recién bautizado. Pero como los niños pequeños no terminará de ‘hacerse’ hasta que no piense con su propia cabeza y tenga sus ideas, y ame con su propio corazón, y no se limite a repetir sin hacerlos propios los cariños y los rechazos de sus padres. Así es el Espíritu en la mayoría de edad de la **CONFIRMACIÓN**, cuando nos aporta los criterios de Cristo, su mente, y hace que nos sean propios; cuando nos hace amar como Dios ama pero desde lo más hondo de nuestro propio corazón (Rom 5, 5); cuando nos anima a hacer propias las obras de Jesús.

El conformarse con Cristo en criterios, sentimientos, afectos, opciones, comportamientos, aún siendo lo más personal que podemos hacer, no es obra de nuestras fuerzas. Cristo mismo en la Eucaristía nos asimila, nos hace ‘semejantes’ a él. Como dice San Agustín, en la comida normal, nosotros asimilamos la comida y la transformamos en nosotros mismos. En la **EUCARISTÍA**, cuando comemos a Cristo, su Cuerpo y su Sangre entregados por nosotros, él nos asimila a Él mismo y nos transforma en él. Respirando al ritmo del aliento del Espíritu y participando en la mesa del banquete de Cristo, en el que Él se entrega por nosotros como se entregó al Padre por nosotros, enseñándonos y dándonos la fuerza para hacer de nuestra vida una entrega total, somos cristianos adultos terminados, hechos.

Por eso estos tres Sacramentos se llaman Sacramentos de Iniciación, porque constituyen el proceso según el cual se hace un cristiano. Como hemos oído decir a Tertuliano: **Fiunt, non nascuntur christiani** (Tertuliano, Apologeticum, n. 18). *Los cristianos no nacen, se hacen.*

III/II.- LA EUCARISTÍA EN LA FORMACIÓN PERMANENTE DEL CRISTIANO

El cristiano, que ha finalizado su proceso de Iniciación cristiana, se mantiene permanentemente configurado y configurándose con Cristo por la participación en la Eucaristía. En la misma celebración eucarística podemos descubrir los elementos de configuración de un cristiano maduro. Les invito a hacer una Catequesis mistagógica sobre la Eucaristía, que en realidad es como considerar la misma celebración de la Eucaristía como la más certera Catequesis sobre la vida cristiana. Se puede aplicar perfectamente a la Iglesia misma, de modo que en la exposición que sigue son intercambiables los términos ‘cristiano’, ‘vida cristiana’ e ‘Iglesia’.

Permitidme recordar de una manera muy inmediata y breve qué es una catequesis mistagógica: es la catequesis que se ofrece a los ya bautizados acerca de los ‘misterios’ que han celebrado: Bautismo, Confirmación, Eucaristía, cuyo significado no alcanzan a comprender. Los catecúmenos han participado ya en diversas celebraciones y han acogido distintas explicaciones doctrinales, morales y litúrgicas, pero, sólo después de celebrar los Sacramentos, sólo después de iniciados, reciben la explicación de los ‘misterios’ celebrados.

El Santo Padre Juan Pablo II tiene una definición de catequesis mistagógica precisa y sencillísima en su Carta Apostólica *Mane Nobiscum: Los Pastores deben dedicarse a la catequesis «mistagógica», tan valorada por los Padres de la Iglesia, la cual ayuda a descubrir el sentido de los gestos y palabras de la Liturgia, orientando a los fieles a pasar de los signos al misterio y a centrar en él toda su vida* (MN 17). El proceso pedagógico es enunciado con toda claridad: 1) descubrir el sentido de los gestos y palabras de la liturgia, 2) pasar de los signos al misterio, 3) centrar en él toda la vida.

En este contexto permitidme enunciar y anunciar de entrada lo que constituye el centro del mensaje que pretendo mostrar: **La Eucaristía celebrada es LA mejor catequesis mistagógica sobre el ser cristiano, y sobre la Iglesia, sobre su ser, su vida y su misión.** La Eucaristía celebrada, no sólo explicada. No se trata de que podemos utilizar los elementos de la celebración eucarística para explicar académicamente lo que es la Iglesia, lo que la hace vivir y lo que tiene que hacer. Esto es evidentemente posible, y muy aprovechable. Pero hablo de algo más: hablo de catequesis mistagógica, y de catequesis en la celebración y por la misma celebración del Misterio Eucarístico. La verdadera Catequesis hoy aquí es la Eucaristía que hemos celebrado. Nada diré que no se haya dicho y hecho ya. Mi intervención sigue a la celebración, como hace siglos se hacía, y no es más que una labor indicativa para subrayar, anotar, para que el corazón comprenda, acoja el Misterio y centre en él toda la vida.

La lectura del famoso Sermón de San Agustín a los neófitos en el Día de Pascua (Sermón 272) es iluminadora de cuanto intento manifestar: *“Lo que estáis viendo sobre el altar de Dios –dice-, lo visteis también la pasada noche (noche de la vigilia pascual), pero aún no habéis escuchado qué es, qué significa ni el gran misterio que encierra”*. El Santo Obispo en brevísimas palabras explica a los neófitos que el pan y el cáliz son el Cuerpo y la Sangre de Cristo, pero no se queda ahí, sino que añade para los que quieran entender el Cuerpo de Cristo, invitando a escuchar al Apóstol Pablo: *“Vosotros sois el cuerpo de Cristo y sus miembros”*. En consecuencia, *si vosotros sois el Cuerpo y los miembros de Cristo, sobre la mesa del Señor está el misterio que sois vosotros mismos, y recibís el misterio que sois vosotros. A lo que sois respondéis con el Amén, y con vuestra respuesta lo rubricáis*”. El realismo del comentario que hace Agustín a las palabras de Pablo es verdaderamente audaz, y hermosísimo en su profundidad: *sobre la mesa del Señor está el misterio que sois vosotros mismos, y recibís el misterio que sois vosotros*. Y, comentando que de muchos granos se hace un solo pan y de muchos granos de uva un solo vino, añade: *Así también nos simbolizó a nosotros Cristo el Señor; quiso que nosotros perteneciéramos a Él, y consagró en su mesa el misterio de nuestra paz y unidad*. Sobre la mesa del Señor está el misterio que somos nosotros no sólo porque estamos unidos como los diversos granos de trigo o de vid, sino porque pertenecemos a El, Cristo, y en Él, Cristo, estamos unidos. Y eso, y no otra cosa, es la Iglesia.

La Eucaristía celebrada, test del cristiano, test de la comunidad.

En la práctica de nuestras Parroquias y Comunidades estas realidades tan esenciales se hacen felizmente patentes o quedan lamentablemente ocultas y perdidas según los distintos modos de celebración. Basta participar en la Eucaristía de un grupo cristiano para percibir qué idea y realidad de ser cristiano, y qué idea y realidad de ser Iglesia está presente o ausente en la mente y en la vida de los participantes, y qué idea y realidad de Eucaristía llena o aletarga sus corazones y los pasos de su existencia. Desde el punto de vista operativo se puede comprobar lo mismo: reflexionando y remozando

nuestro ser creyente y nuestro ser Iglesia, se rejuvenece y se vigoriza la Celebración Eucarística. Y viceversa: la auténtica y renovada celebración de la Eucaristía, la que la hace signo más elocuente de la presencia de Cristo el Señor⁵ es el mejor modo de vigorizar y configurar la vida cristiana y la Iglesia.

También en negativo es posible advertir esta relación. No es casual que la Eucaristía y la Iglesia sean en algunos casos, realidades a merced de francotiradores, que manipulan e inventan la Eucaristía como manipulan e inventan la Iglesia. Y también de esta manera la Eucaristía inventada y manipulada hace Iglesia y hace cristianos, pero cristianos e Iglesia inventados y manipulados al arbitrio de sus protagonistas. Ni la Iglesia ni la Eucaristía son realidades 'obra de nuestras manos'. No construimos la Iglesia que queremos, sino que queremos construir la Iglesia que quiso y quiere nuestro Señor Jesucristo. No celebramos la Eucaristía que queremos, sino que queremos y celebramos la Eucaristía que Jesucristo regaló y regala a su Iglesia.

Pero volvamos a la idea de la catequesis mistagógica.

El cristiano/la Iglesia se entiende a sí mismo/a celebrando la Eucaristía.

En la celebración de la Eucaristía entendemos lo que somos, de qué vivimos, qué estamos invitados o llamados a hacer: ser, vida y misión del cristiano y de la Iglesia se comprenden celebrando la Eucaristía. Repasar, celebrando, la dinámica global y las distintas partes de la misma celebración Eucarística, es repasar en vivo el mejor manual de Vida Cristiana y de Ecclesiology jamás escrito.

El cristiano/la Iglesia se construye celebrando la Eucaristía.

Pero no sólo el cristiano, la Iglesia se entiende a sí mismo/a celebrando la Eucaristía, sino que **se construye**, pero **no a sí mismo/a, sino** que se sabe construido/a **por gracia**, celebrando la Eucaristía y por la celebración de la Eucaristía. La Iglesia nació y nace en y de la Eucaristía, y vuelve a la Eucaristía continuamente como a su meta. La Iglesia como Cuerpo de Cristo es el Pueblo de la Nueva Alianza. Y la Nueva Alianza se instaura y permanece viva y constante en el Sacrificio del Cuerpo de Cristo.

Repasemos la misma celebración eucarística para recorrer los capítulos de este Tratado. Primero recordamos que este Manual de Vida Cristiana y de Ecclesiology tiene dos grandes partes: la liturgia de la Palabra y la Liturgia del Sacramento.

1.- LA LITURGIA DE LA PALABRA

El cristiano y la Iglesia se entienden a sí mismos y se sienten contruidos por gracia desde la Liturgia de la Palabra

- **como oyente de la Palabra,**
- **como configurado por esa Palabra,**
- **y como enviado por esa Palabra.**

⁵ Cf. *Ecclesia in Europa* 69

La Iglesia nace como oyente de la Palabra. Así fue en el principio, y así continúa siendo en cada momento. La Iglesia nace del anuncio de una palabra, la Palabra. Los primeros oyentes y acogedores de esa Palabra fueron los primeros testigos, los Apóstoles, “el germen del nuevo Israel” (AG 5). Y su testimonio, su palabra anunciada y acogida produjo las primeras agregaciones: “*Dios ha resucitado a Jesús, el Nazareno... Dios ha constituido Señor y Mesías a ese Jesús, a quien vosotros habéis crucificado... Los que **acogieron su Palabra** fueron bautizados. Aquel día se les **agregaron unos tres mil**” (Hechos 2, 14-36). La acogida del anuncio, de la Palabra, que es el Señor Resucitado, constituido Señor y Mesías, no se resuelve únicamente en conversión personal y bautismo, sino también en agregación a la comunión de los anunciantes, en Iglesia que va extendiendo los vientos de su tienda.*

San Juan lo expresará de modo semejante: *lo que era desde el principio, lo que hemos oído, lo que vieron nuestros ojos, lo que tocaron nuestras manos -hablamos de la Palabra, que es la Vida, que estaba ante el Padre y se manifestó y nosotros la vimos- eso que oímos y vimos os lo anunciamos ahora para que también vosotros estéis en comunión con nosotros, y esta comunión nuestra es comunión con el Padre y con su Hijo Jesús, el Cristo (I Juan 1, 1-4).*

La Iglesia, y el cristiano en ella, se sabe oyente, discípula y sólo discípula, *creatura verbi*, en un sentido muy auténtico aunque la expresión sea de Lutero. La Palabra que oye y acoge, es en primer lugar Palabra de **llamada**, y por eso el cristiano es un llamado, y la Iglesia es lo que es: con-vocación, comunidad de los que responden a la misma llamada, *ekklesia* en griego. No nos reunimos en Iglesia, sino que somos convocados en Iglesia por la Palabra que es Cristo. La Iglesia no es un club o una asociación de afines en gustos o en corrientes ideológicas o de espiritualidad, gentes que se sienten a gusto apuntándose a un colectivo que gratifica sus oídos o sus intereses, aunque sólo sea el de estar con gente parecida. Precisamente porque no arranca de la palabra y la decisión humanas de afiliarse a un grupo, sino que es respuesta a una Palabra con mayúscula que nos sorprende y nos convoca, es por lo que acepta al que ocupa el sitio contiguo o el más lejano con la misma acogida. Las asociaciones opcionales aglutinan a semejantes. La Iglesia hace iguales -hermanos- a los desemejantes.

La Palabra que oye y acoge y la hace asamblea, convocación, *Ekklesia*, es Palabra que la con-forma, la con-figura, le da forma. Necesitamos recuperar vivamente este sentido más auténtico de la palabra ‘**formación**’ enunciado más arriba. No se trata de adquirir unos conocimientos, o del aprendizaje de unas pautas de comportamiento, o del adiestramiento en unas técnicas de comunicación. Se trata de *un continuo proceso personal de maduración en la fe y de configuración con Cristo, según la voluntad del Padre, con la guía del Espíritu Santo* ⁶; situarse ante la vida, ante el Padre, ante los hombres, ante la historia, *con los mismos sentimientos que Cristo Jesús* (Fil 2, 5)⁷, con los criterios de Cristo, *la mente de Cristo* (1 Cor 2, 16), realizando *las obras de Cristo* (Juan 14, 12), porque creemos en Cristo y estamos animados por su Espíritu. Se trata en definitiva, en la escucha y acogida de la Palabra, del objetivo que perseguía Pablo con su pasión pastoral: *que Cristo se forme en vosotros* (Gal 4, 19). La Iglesia, y el cristiano en ella, se forma, se configura, se conforma con Cristo en la acogida de Cristo Palabra en la celebración eucarística.

⁶ Cf. *Christifideles Laici*, 57.

⁷ Cf. *Pastores Dabo Vobis* 57.

La Palabra que la convoca, la Palabra que la conforma y la configura, es Palabra que la **envía**. La Iglesia se reúne en asamblea, y abre los oídos del corazón, para salir a la plaza pública, para abrir la puerta de todos los cenáculos y gritar, de muchos modos, pero un solo mensaje, el de Pedro en Pentecostés: *Os hablo de Jesús el Nazareno*.

2.- LA LITURGIA DEL SACRAMENTO

Si la Iglesia es *creatura Verbi*, no debemos olvidar que es *creatura Verbi Incarnati*. Y eso es válido para el tiempo de la vida terrena de Jesús, y para los Sacramentos de la Iglesia a lo largo de los tiempos, en los que Cristo en persona, con su humanidad resucitada, nos sale al encuentro, permaneciendo con nosotros, y nos fortalece con su gracia para cada momento y para cada situación de la vida. En la celebración de la Eucaristía esta realidad se intensifica y como se concentra, porque “*en la Sagrada Eucaristía se contiene todo el bien espiritual de la Iglesia, es decir, Cristo en persona, nuestra Pascua y pan vivo, que por su Carne vivificada y que vivifica por el Espíritu Santo, da vida a los hombres, que de esta forma son invitados y estimulados a ofrecerse a sí mismo, sus trabajos y todas las cosas creadas juntamente con El. Por lo cual la Eucaristía aparece como fuente y cima de toda evangelización*” (PO 5).

En la liturgia del Sacramento de la celebración Eucarística hay de modo visible como dos grandes partes, aunque inseparables: la Plegaria Eucarística y la Comunión.

2.1.- LA PLEGARIA EUCARÍSTICA

La Iglesia, y el cristiano en ella, se retrata a sí misma, se define a sí misma en la Plegaria Eucarística, la oración que dirige al Padre como respuesta a la Palabra, escuchada y acogida. Y la Iglesia se define a sí misma *-lex credendi, lex orandi, lex vivendi-* y se construye:

- **como agradecida,**
- **como memoria eficaz de la presencia de la entrega y de la entrega de la presencia de Cristo,**
- **como fruto y obra del Espíritu,**
- **como comunión universal que trasciende los límites espacio temporales de nuestra estrechez local.**

Las distintas partes de la Plegaria Eucarística son en verdad aspectos que definen la configuración de la Iglesia, la configuración del cristiano, unos capítulos más de ese precioso Tratado de Eclesiología y de Vida Cristiana:

1.- ACCIÓN DE GRACIAS (PREFACIO):

Es justo y necesario darte gracias siempre y en todo lugar

La Plegaria Eucarística nos enseña a ver, a percibir lo recibido, a repasar los dones que continuamente enriquecen nuestra vida y nuestra historia desde la generosidad de Dios Padre. Ni siquiera nuestra condición pecadora inutiliza esa generosidad. Él nos lo ha dado todo, y en Cristo *‘lo ha hablado todo, dándonos el todo,*

*que es su Hijo*⁸. Así aprendemos a entendernos a nosotros mismos desde el don recibido. Somos más y estamos más contruidos y formados desde Dios que desde nuestro esfuerzo.

2.- MEMORIA AGRADECIDA (ANÁMNESIS):

Por eso, Padre, al celebrar este memorial de la Muerte gloriosa de Jesucristo, de su santa Resurrección, de su admirable Ascensión...

La Iglesia en la Eucaristía hace (es) Memoria constante de las palabras, los gestos y las acciones de Dios en Cristo. Es una Memoria muy especial, que la Iglesia llama Memorial, porque no es simple recuerdo, simple repaso, sino presencia eficaz que nos salva en nuestro hoy y ahora. Saber repasar la propia historia, la de cada creyente y la de cada comunidad es saber encontrar en esa historia la mano de Dios, que en Cristo actuó y actúa en el presente. La memoria agradecida, la conciencia de la repetida y presente actuación de Dios, es el fundamento de la confianza, de la fortaleza y de la audacia. El Memorial de Cristo es presencia de su oblación, de su entrega: Cristo se ofrece por nosotros a Dios, y a nosotros; se pone en nuestras manos hoy como en su vida terrena. Hace presente su entrega y nos entrega su presencia. Nosotros nos ofrecemos con Él, y por Él (gracias a Él), acogiendo la salvación y glorificando a Dios.

3.- INVOCACIÓN AL ESPÍRITU (EPÍCLESIS):

Te pedimos que santifiques estos dones con la efusión de tu Espíritu

La Iglesia invoca al Espíritu continuamente, porque es consciente de su fragilidad e incapacidad. El gesto de la imposición de las manos, cuando lo realiza la Iglesia, no es un signo, un gesto de fuerza, sino todo lo contrario, es el gesto del reconocimiento de la propia debilidad. Repasando los distintos Sacramentos podemos advertir esta conciencia de inutilidad que mueve a la Iglesia a invocar al Espíritu imponiendo las manos. Porque no puede transformar los dones presentados: el pan y el vino, en el Cuerpo y la Sangre de Cristo, invoca al Espíritu; porque no puede transformar la asamblea de tan distintos y a veces distantes miembros en un solo Cuerpo y un solo Espíritu, invoca al Espíritu; porque no puede perdonar los pecados, invoca al Espíritu; porque no puede renovar a un hombre frágil y pecador como todos en un pastor dedicado y solícito, transparencia del Buen Pastor, invoca al Espíritu.

La cultura actual magnifica la autosuficiencia y el orgulloso envanecimiento en las habilidades del hombre. La Iglesia en la liturgia, invocando al Espíritu, nos enseña a entendernos desde la necesidad de ser ayudados. Todo es gracia.

4.- COMUNIÓN.

Reunidos en comunión con toda la Iglesia...

No me refiero ahora a la Comunión Eucarística, sino al reconocimiento que hace la Iglesia en cualquier celebración eucarística de sus auténticas dimensiones. Puede ser que en el lugar y en el momento concreto de la celebración haya un reducidísimo número de personas, pero se hace memoria de toda la familia, y se establecen y se subrayan los vínculos con todos los hermanos: la Iglesia que ya ha llegado a la casa del Padre, la asamblea de los Santos, con la Madre de Jesús y Madre nuestra; la Iglesia que partió de este mundo y confía en nuestra plegaria; la Iglesia de los cuatro puntos

⁸ San Juan de la Cruz, Subida al Monte Carmelo, 22.

cardinales que continúa peregrinando como nosotros y con nosotros “*entre las persecuciones del mundo y los consuelos de Dios*” (LG 8) con sus Pastores y fieles. La verdadera conciencia eclesial, el verdadero espíritu católico, la auténtica amplitud de miras nace y se alimenta en la Eucaristía. Efectivamente, la Iglesia que hace la Eucaristía, es configurada, se hace por la Eucaristía. Ninguna experiencia particular de Iglesia, sea de individuo concreto o de comunidad, por profunda e intensa que sea, agota la realidad de la Iglesia. Ésta siempre es más grande y más rica. En la celebración eucarística aprendemos y vivimos realmente las verdaderas proporciones de nuestra comunión, y la profundidad de su enraizamiento en la misma Comunión del Padre, del Hijo y del Espíritu.

2.2.- LA COMUNIÓN EUCARÍSTICA

Terminada la gran Plegaria Eucarística, la comunidad eclesial se dispone a participar del Cuerpo y Sangre de Cristo y comulga con Él y en Él. Lo que la Iglesia hace y reza en torno a la Comunión también nos muestra cómo se entiende a sí misma, y cómo se configura en su realidad más profunda.

1.- LA IGLESIA REZA EL PADRE NUESTRO

Rezar el Padre Nuestro significa asumir el **Tú** verdaderamente radical del hombre: Dios Padre. “*Somos lo que somos ante Dios, y nada más*”, decía San Francisco⁹. Y ante Dios somos hijos, permanentemente retados, y permanentemente agradecidos, para vivir en la confianza filial la identificación con ‘sus cosas’: su Nombre, su Reino, su Voluntad.

Rezar el Padre Nuestro significa asumir el **Nosotros** verdaderamente fundamental del hombre: el ser hermano de todos. La segunda parte de la oración que Jesús nos enseñó resume los temas fundamentales que necesitamos pedir para todos: el pan cotidiano, el perdón, el ser librados de la tentación que nos separa de la voluntad del Padre.

2.- LA IGLESIA ACOGE LA PAZ DE CRISTO Y SE MARCA CON EL SIGNO DE SU PAZ.

Cada vez nos resulta más fácil comprender que es realmente difícil hablar de la Paz, y todavía más trabajar para conseguirla y alcanzarla. Y quizás en esta sencilla oración que la Iglesia reza recogida antes de comulgar el Cuerpo de Cristo hay más de una indicación para este decidido camino de los creyentes como instrumentos y constructores de la Paz. La Iglesia reconoce que la Paz es el don del Señor Muerto y Resucitado, confiesa que procede del Sacrificio, de la Cruz de su Maestro y Señor. La Iglesia reconoce la fuente de la que han manado y siguen surgiendo todas las amenazas y todas las oposiciones a la Paz de la Humanidad: el pecado del hombre. El mal existe, el verdadero mal es la negativa del hombre a seguir los pasos de Dios que continúan resonando en el jardín. Pero la Iglesia sabe que ese mal no es lo definitivo, no es lo que determina inexorablemente el futuro del hombre y de la humanidad. Está la misericordia. ‘No tengas en cuenta’, ‘mira la fe’. Y sólo cuando ha pedido humildemente la Paz a su Señor, se atreve a ofrecer la mano al hermano, y de acoger la mano de quien la muestra igualmente tendida.

⁹ *Admonitiones*, n. 19

3.- LA IGLESIA PARTE EL PAN, REPARTIDO Y COMPARTIDO, Y SE UNE A SU SEÑOR CONVIRTIÉNDOSE EN SU CUERPO.

Necesitamos valorar el rito de la Fracción del Pan, que dio nombre a la asamblea eucarística, y que a veces pasa desapercibido y como tapado por los prolongados cantos de paz. Es un gesto muy importante, que nos identifica como creyentes, hijos y hermanos. Hay como un doble movimiento expresado en el rito: “*Como este pan partido estaba antes disperso por los montes y se ha hecho uno, así se recoja tu Iglesia de los confines de la tierra en tu Reino*” (Didaché, 9); así andábamos nosotros y seguimos andando muchas veces... pero “*el pan es uno, y así nosotros, aunque somos muchos, formamos un solo cuerpo, porque comemos todos del mismo pan*” (I Cor 10, 17). Sin Comunión eucarística no hay unión con Cristo, y no hay Comunión eclesial. Sin participar en el pan único y partido, seguimos siendo granos dispersos, distantes. La Comunión con Cristo y en Cristo es comunión con Dios y con los hombres. Comunión con Dios que nos hace capaces de comulgar con su pasión por cuidar de los hombres. En las manos de Dios y sólo en las manos de Dios el mundo se hace realmente humano. Cuando el mundo queda al cuidado de los hombres, se organiza en contra de los débiles. En Cristo, comiendo del mismo Pan, formamos un Cuerpo, su Cuerpo. Es en la experiencia de la unión con Cristo en donde se fundamenta nuestra más auténtica experiencia eclesial, y la fraternidad que nos lleva a repartirnos como pan eucaristizado y a compartir con todos los hombres lo que somos y lo que tenemos. “*Sed lo que veis y recibid lo que sois*”¹⁰ decía San Agustín a los neófitos en la celebración de la Pascua.

3.- EL ENVÍO A LA MISIÓN. ¿TODO HA TERMINADO O TODO EMPIEZA AHORA DE NUEVO?

Juan Pablo II, en la Encíclica *Redemptoris Missio*, hizo la sorprendente y audaz afirmación de que *>la actividad misionera está aún en sus comienzos=*.¹¹ Creo que es este uno de los documentos sobre los que la Comunidad eclesial debería volver su atención con especial interés en el momento presente. Quizás lo entendamos más y lo acojamos mejor que cuando fue publicado. Lo recuerdo ahora, cuando invito a considerar los momentos finales de toda celebración litúrgica como la condensación del envío a la tarea del testimonio y del anuncio para la transformación del mundo. En la dinámica de cuanto he ido ofreciendo como reflexión, se entiende que pueda afirmar que, al acercarnos a la Eucaristía, en realidad no venimos nosotros a la asamblea, sino que respondemos a una llamada que nos convoca, nos forma como asamblea, como *ecclesia*. La Iglesia no nace de nuestras proximidades, nuestras afinidades y nuestros gustos. No son nuestros pasos cercanos los que constituyen la Iglesia; son los pasos de Dios los que van reuniendo a los hombres. La Iglesia nace de una llamada, a la que se responde. Del mismo modo, la asamblea no se disuelve, no nos vamos de la celebración porque se ha terminado lo que habíamos venido a hacer. En realidad no nos vamos, somos enviados. La asamblea no es un refugio del que se sale a la rutina de cada día, sino el ámbito del Espíritu, que nos empuja y nos obliga a abrir nuestras puertas y a abandonar nuestros miedos.

¹⁰ Sermón 272 citado.

¹¹ *Redemptoris Missio*, 30

Mis queridos amigos: partiendo de la revisión de nuestra idea corriente de formación, he tratado de mostrar que los creyentes podemos ver en la celebración de la Eucaristía el resumen de lo que somos y lo que debemos ser; el resumen de lo que hacemos y lo que debemos hacer. Pero no se trata sólo de que en la celebración de la Eucaristía lo podemos ver, lo podemos entender, es que en ella, como en ningún otro lugar, Cristo nos configura, nos conforma en lo que somos y en lo que debemos ser, y, por su Cuerpo y su Espíritu, nos fortalece para que hagamos lo que debemos hacer. Por ello la Eucaristía es ámbito y cauce continuo de formación del cristiano, ámbito y cauce continuo de formación de la Iglesia.